

labios se movían como si hablaran sin voz, dejaba ver una expresión risueña y satisfecha.

Soñaba, pues, cosas agradables.

Esto lo observó la señora Gertrúdis en el momento en que decididamente iba á despertarlo; pero se detuvo temerosa de interrumpir ó disipar la felicidad de aquel sueño.

No obstante, dió otro paso más y se acercó á la mesa y colocó en ella con el mayor tiento los platos, el vaso, el pan, la servilleta, la botella y el cubierto, y cruzando los brazos se quedó contemplando á su huésped con aire tan bondadoso y tan burlon, que Miguel viéndolo no habría sabido qué hacer, si adorarla ó aborrecerla.

Así era la señora Gertrúdis.

---

---

## CAPÍTULO IV.

Siete heridas, siete cruces y siete hijos.

Era demasiado violenta la posición en que Miguel dormía para que su sueño pudiera ser muy duradero. Con el codo apoyado en una mesa y la cabeza descansando en la mano se duerme, pero se duerme poco. ¿Por qué? porque el brazo se duerme á su vez y se niega á sostener el peso de la cabeza dormida. Pero si dormía mal, soñaba bien, porque á pesar del velo con que el sueño cubre la fisonomía del que duerme, el semblante de Miguel resplandecía como iluminado por la luz interior de una satisfacción completa.

Debia soñar cosas muy agradables, muy risueñas, muy brillantes; debia estar bajo la influencia de una felicidad repentina, acaso



ignorada hasta entónces y quizá nunca soñada.

Si el sueño es la imágen de la muerte, el alma de Miguel, desatada de las realidades de la vida, habia subido al cielo de sus más ardientes deseos. Verdaderamente hubiera sido una crueldad despertarle en aquel momento.

Mas no hay nada eterno en el mundo, y los sueños como las realidades se disipan bien fácilmente.

Miguel hizo un movimiento buscando á su cabeza una posición más cómoda, y el sueño, interrumpido por la realidad, se escapó de entre sus manos como una mariposa que huye de las manos de un niño.

Abrió los ojos desmesuradamente, y era tal el espanto de su mirada, que la señora Gertrúdis no pudo contener la risa que salía á borbotones de su boca, sonando lo mismo que una carraca.

Miguel hubiera querido confundirla, pero se contentó con dejar caer el puño sobre la mesa, exclamando:

—¡Oh! está visto.

La señora Gertrúdis interpretó inmedia-

tamente el sentido de la exclamación de su huésped, y replicó:

—Está visto..... vaya si está visto; como que hace una hora de reloj que estoy aquí esperando que su real majestad se despierte y diga si se digna comer.

La silla en que Miguel estaba sentado cayó de espaldas; tal fué la violencia con que se puso en pié su real majestad.

Mientras la señora Gertrúdis levantaba la silla que habia caído, Miguel dió dos vueltas por la habitación. De repente se paró delante de la portera, y echando las manos atrás, dijo:

—Comer..... comer.....

—¡Comer! repitió ella con asombro. Ya lo creo; ¡cómo que es preciso vivir!

—Veamos el *menú*, dijo el huésped. Sopa de pan desmenuzada con los dedos, garbanzos cocidos, carne pasada por agua, tocino en caricatura, una patata enorme, medio chorizo, ensalada fresca y un postre seco.

—Y vino de Valdepeñas, añadió apresuradamente la portera señalando la botella.



—Señora, le advirtió Miguel, los vinos no entran en el *menú*.

—No sé lo que es eso; pero sé que el vino entra en la comida.

Pues bien; con vino y todo, no como.

—¿Por qué?

—Por una razón que no tiene vuelta de hoja.

—¿Podemos saberla?

—Sí, amiga mía; porque eso no es comer.

—Toma, toma; hace dos años que todos los días come V. lo mismo, y está hecho un tudesco; más gordo que un toro y más sano que una manzana, y ahora sale con eso.

—No siempre se ven las cosas de la misma manera.

—Pero señor..... los faisanes andan por las nubes; las trufas cuestan un sentido; ya sé yo que se puede comer mejor; pero por seis reales diarios con casa, muebles, cama y ropa limpia, me parece á mí que es vivir como un príncipe.

—Señora Gertrúdis, quiero volar.

—Respiro, exclamó la portera soplando

como un fuelle. Creí que había V. perdido el estómago, y veo que ha perdido la cabeza.

—V., naturaleza pedestre y vulgar, que todo lo ve al través del ventanillo de la portera, ignora que el hombre es un águila.

—¡Santo Dios, qué desatino! dijo santi-  
guándose.

Miguel prosiguió:

—Un águila que debe sacudir las alas pe-  
rezosas y tender el vuelo por el espacio, por-  
que el mundo es suyo.

—Suyo..... ¿dice V. que es suyo? pues  
bien; ¿á que no lo vende?

En cualquiera otra ocasión, Miguel se hu-  
biera reído al oír la salida de la señora Ger-  
trúdis; pero en el momento en que estamos,  
eran sus ideas demasiado serias para que le  
consintieran reirse.

—Suyo, repitió, y el que renuncia á po-  
seerlo es un imbécil.

—Y bien, preguntó la portera, doblando  
la cabeza casi con gracia sobre el hombro  
derecho.

—Nada..... contestó Miguel..... que voy  
á volar.



—¿Y alas? volvió á preguntar aquella ama de huéspedes implacable.

—Alas..... ésa es la cuestion.

—Pues no es floja.

—Icaro las usó de cera, pero los rayos del sol las derritieron y el infeliz cayó de cabeza.

—Entónces.....

—Quiere decir, que Icaro fué un insensato.

—Ajá.....

—Pero todos no somos Icaros.

—¿Por qué?

—Porque Icaro es un sér fabuloso y yo soy un sér histórico.

—No entiendo una palabra.

—Quiero decir, que Icaro usó alas de cera y yo usaré alas de oro.

—Cada vez le entiendo á V. ménos.

—Cuando digo que quiero volar, lo que digo es que quiero ser rico.

—Ya, eso es otra cosa; hablando se entiendo la gente. Ser rico no es cosa mala.

—Es lo único que hay que ser en el mundo.

—Siempre ha hablado V. con desprecio de las riquezas..... Decia V. que el oro era amarillo..... eso, amarillo..... como un envidioso; decia V. una porcion de desatinos. ¿Por qué, pues, ha cambiado V. de disparates?

—Oiga V., dijo Miguel. Hace dos años que un dia pasé por esta calle y vi colgada en la puerta una tablilla que decia: *Se admite un huésped en el cuarto 4.º de la izquierda, con comida, cama, muebles y ropa limpia. La portera dará razon.* Entré y me hizo V. subir ciento veinte y cuatro escalones.

—Ya se ve; los que hay; los que sube todo el mundo que va al último piso.

—Nos convinimos, y aquella noche dormí en este cuarto.

—¿Y á qué viene eso? preguntó la portera con más admiracion que curiosidad.

—Espere V. Yo acababa de perder á mi madre.

—Por eso traia V. un semblante tan triste y no hablaba palabra. Yo decia: alguna desgracia le ha sucedido; y ya se ve; sin poderlo remediar le fuí tomando cariño. Co-



mia V. poco, y la verdad, me daba lástima, y entónces añadí al puchero el medio chorizo, que no habia entrado en el ajuste.

Miguel prosiguió.

—Éramos solos en el mundo mi madre y yo; poseíamos un pequeño patrimonio que yo consumí en mi carrera, pues cursé hasta el último año de leyes; pero no pude licenciarme porque me faltaba la ciencia de unos cuantos pesos-duros, y tuve que resignarme, con todas mis leyes, á sufrir la ley del dinero. Mi madre lloraba que se escurria, y yo me desesperaba; con lo cual, las cosas seguian del mismo modo; esto es, empeorando; hubo un día en que no comimos más que pan.

Miguel pronunció esas últimas palabras con forzada sonrisa, como si experimentara una cruel complacencia en recordar aquella angustia de su vida, y la señora Gertrúdis movió tristemente la cabeza y se pasó por los ojos el revés de la mano.

—Desde entónces, dijo Miguel, concebí hácia el dinero un rencor profundo, condenándolo en el fondo de mi alma al más so-

berano desprecio; pero ya se ve, era preciso comer; era preciso buscarnos la vida, que se nos perdía entre la miseria. Yo no podia consentir que mi madre se muriera de hambre. Todas las puertas se cerraban; mis amigos huian de mí y yo huia de ellos. Pensé venderme, engancharme en el ejército para proporcionarle algunos recursos; pero abandonarla era matarla, y yo veía que su salud se iba quebrantando. Busqué ocupacion en un escritorio; mas yo, que sabía medianamente *las Partidas*, ignoraba por completo la *partida doble*. Me resigné á ser escribiente, pero mi letra es detestable, y ya era tarde para tomar un maestro de primeras letras. Visto que no servia ni para escribiente, me decidí á ser escritor y pretendí una plaza de tijaera en la redaccion de un periódico, y tampoco pude conseguirla, no por falta de mérito, sino por sobra de pretendientes. Tenía el director un sobrino que habia perdido cinco años en la universidad, que pasaba las noches en el café, que solia jugar en el casino, que hablaba indistintamente de política, de mozas y de desafíos; que sabía con-



traer deudas, que solia apropiarse dichos y versos ajenos, que habia escrito ya en muchos *albums*, y el tío comprendió por tan felices disposiciones, que tenía en el sobrino el embrión de un publicista. Pero el buen señor quiso protegerme, y me propuso si queria ser corrector de pruebas, y admití.

—Bien hecho, exclamó la portera; no sé qué oficio es ése, pero debe ser cosa de corregir, y corregir al que yerra es una obra de misericordia.

—Dos horas de correccion al dia me proporcionaban doce reales diarios, con los que vivimos tres meses mi madre y yo; mas su salud quebrantada empezó á inspirarme serios temores. Al fin cayó en la cama, y desde aquel momento no me separé de su lado; pues me consintieron que hiciera la correccion de las pruebas en mi casa. Yo la cuidé hasta el último momento; algunas veces, oprimiendo mi cabeza con sus manos, me decia: «Hijo mio, eres una hermana de la Caridad.» Una mañana que me pareció más animada y más risueña, me cogió la mano, me atrajo hácia sí y me dió un beso en la

frente y me dijo: «Miguel, quisiera recibir los Santos Sacramentos.» ¡Cómo! repliqué, si está V. mejor. Por eso, hijo mio, me contestó. Tú eres un hombre y tienes el corazón entero como el de tu padre; no debo engañarte; nos vamos á separar pronto, aunque no por mucho tiempo. No he rehusado ninguna medicina del cuerpo; ahora tráeme las medicinas del alma. Todo lo dispuse inmediatamente, y á las cuatro de la tarde habia ya recibido el último sacramento. A las cinco volvió hácia mí el semblante, abrió sus hermosos ojos y me miró con la inmensa serenidad con que los cielos miran á la tierra, y con voz semejante á un soplo me dijo: «Miguel, te quedas solo en el mundo; pero yo velaré por tí; huye de todas las vanidades de la tierra; porque, hijo mio, la felicidad ni se compra ni se alquila.» Se detuvo y ya no habló más palabra.

—¿Habia muerto?..... preguntó la portera.

—Sí, contestó Miguel; habia muerto.

Hubo un paréntesis de silencio, durante el que Miguel dió algunos pasos por la ha-



bitacion, volviendo la espalda á la señora Gertrúdis, miéntras ésta, agitando los labios como si hablára consigo misma, sacó el pañuelo sonándose estrepitosamente. Despues se santiguó y dijo:

—De seguro está en el cielo.

—Yo la amortajé, continuó Miguel. Yo dispuse su pobre entierro y yo solo la acompañé al último asilo. Para cubrir estos pequeños gastos tuve que vender nuestros escasos muebles. Todo lo empleé en eso.

—Dichosa ella, murmuró la señora Gertrúdis.

—Desde entóntes me encuentro solo en el mundo.

—¡Solo!

—Completamente solo.

—V. no sabe lo que se dice, insistió la portera. ¡Solo..... en un mundo que está lleno de gente!

—Yo no tengo padres, yo no tengo hermanos, yo no tengo.....

—V. tiene padres, V. tiene hermanos, replicó la portera con viveza.

—¿Me hace V. el favor de presentarme

á esa parentela desconocida? preguntó Miguel sonriéndose.

—Sí, señor; V. tiene padre, un padre que no falta nunca, porque todos somos hijos de Dios. V. tiene madre, porque la Providencia es la madre de todos los pobres. V. tiene hermanos, porque hermanos todos somos.

—Basta, basta, exclamó Miguel interrumpiéndola; la veo á V. en camino hasta de darme hijos, y francamente, no creo que mi posicion es la más á propósito para que me cargue V. de familia.

—Bueno; pero no sería ninguna cosa del otro juéves, puesto que se ha empeñado V. en ser rico.

—Y lo seré, porque es preciso que lo sea.

—Preciso.....

—Sí, señora; preciso, absolutamente preciso.

—¿Por qué?

—Ah..... ¡por qué!..... porque la pobreza es una ignominia. Vea V. cómo se recluye al pobre como á un criminal, cómo se le barre en las calles como una inmundicia. Y



todavía se puede ser pobre en los campos, donde en cada espiga de trigo hay un grano para el hambriento, donde las ramas de los frutales se asoman á los cercados como ofreciendo sus frutos al pobre que pasa por el camino, donde todos los árboles dan sombra, donde nunca faltan veinte palmos de tierra para levantar el palacio de una choza..... Sí, palacio, porque no tiene vecinos; palacio, porque no tiene casero. Pero en estos centros populosos donde hay que comprar hasta el aire que se respira, donde el pobre paga á peso de oro la humedad de los sótanos en que vive ó la intemperie de las boardillas en que alternativamente se abrasa y se hiela; aquí, me he convencido, no se puede ser pobre.

—Vamos, tranquilícese V., porque con paciencia se vive en todas partes.

—Pues bien, á mí se me ha concluido la paciencia.

—¿Y cómo ha sido eso?

—¿Eso?..... Es todo un poema.

—Algunas veces he oído esa palabra y nunca la he entendido.

—Imagínese V. que he recibido el último ultraje, el último insulto, y que al fin se me ha subido la sangre á la cabeza.

—Es decir, que está V. loco.

Miguel dió un paso hácia la portera con aire tan trágico, que ésta retrocedió; le puso la mano sobre el hombro, y acentuando enérgicamente las palabras y ahuecando la voz, le dijo:

—Han gritado detras de mí: «á ése.»

—¿Y qué?

—Despues han gritado: «¡al ladron!»

—¿Pero qué tenemos con eso?

—Y por último, me perseguían gritando: «¡al asesino, al asesino!.....»

—Pues ¿sabe V. que es una gracia?

—Y todo ¿por qué? Porque corria, y corriendo atropellé á un muchacho, á una mujer y á un aguador.

—¡Toma! exclamó la señora Gertrúdis, eso ya es otra cosa. Pero, vamos á ver, usted ¿por qué corria?

—Corria por alcanzar á un coche.

—¡A un coche!.....

—Cabal; á un magnífico coche, á una



soberbia berlina, dentro de la cual iba una señora.....

—¿Esas tenemos?

—Hermosa como una tarde de otoño.

—¡Hola!

—Con los ojos más amables que he visto en mi vida.

—¡Malo!

—Y con un modo de sonreír capaz de desesperar á un santo.

—Y ¿dice V. que era una señora?

—Una marquesa.

—Ya. ¿Usted la conocía?

—Es la primera vez que la he visto.

—¿Y se ha enamorado V. de ella?

—¡Yo!.....

—Pues, un amor de romance.

—Señora, prorumpió Miguel con énfasis: yo tengo el corazón más duro que la piedra; no hay en el mundo mujer que á mí me enamore.

—Por supuesto, la que quiera; la primera que se le ponga en el moño le vuelve á V. tarumba.

—Le doy á V. permiso, replicó Miguel

con profundo convencimiento, para que se burle de mí y me silbe..... Mi bello ideal no existe sobre la tierra.

—Me contentaré, dijo la portera, con tirarle á V. de la levita. A V. lo atrapa cualquiera. ¡Lo que me voy á reír!.....

—Desafío á todas las mujeres, exclamó Miguel con arrogancia.

—A todas las mujeres juntas se puede desafiar; pero Dios lo libre á V. de una que le éntre por el ojo derecho....., porque ha de hacer V. el enamorado más fastidioso que ha nacido de madre.

Miguel hizo un movimiento de impaciencia.

—Sí, prosiguió la señora Gertrúdis; ya ha corrido V. como un loco detras de un coche porque iba dentro una marquesa.

—Cierto.

—Una marquesa hermosa como una tarde de otoño.

—Sin duda alguna.

—Con los ojos más amables que ha visto V. en su vida.

—Sí señora.



—Y con un modo de sonreír capaz de desesperar á un santo.

—Y vamos á ver, portera infeliz, ¿qué saca V. en limpio de todo eso?

—Sacó en limpio que ya no sabe V. lo que se pesca.

Miguel hirió el suelo con violencia.

—Esa furia, añadió la señora Gertrúdis, le vende á V., porque no quiere confesar que la marquesa lo ha flechado....., y ya se ve, marquesa, en coche....., con muchos encajes y mucho boato, y V. á pié, y así tan desaliñado....., es claro.....; pues mire V., de ménos nos hizo Dios, y cada uno es hijo de sus obras. Si V. no es marqués, merece serlo.

Miguel se echó á reír, diciendo:

—¡Yo, enamorado de la marquesa!.....  
¡Qué desatino!

—Entónces, preguntó la portera, ¿por qué se le ha metido á V. en la cabeza la manía de ser rico?

—Por ella.

—¿Por qué, volvió á preguntar, ha corrido V. detras de su coche?

—Por ella.

—Y ¿qué quiere decir cristiano?

—Cristiano....., quiere decir que está usted en *babia*.

La señora Gertrúdis se acercó á la mesa, tendió la servilleta, y colocó los platos y el cubierto con todas las reglas del arte, esto es, la cuchara á la derecha, el tenedor á la izquierda y el cuchillo delante; el vaso ocupó su sitio, y junto al vaso puso la botella; el pan tomó posición junto al tenedor y enfrente del vino.

Todo esto lo hizo la señora Gertrúdis cantando á media voz la siguiente copla:

Los enamorados son  
Medio tontos, medio locos;  
Lo que niegan con la boca  
Lo descubren en los ojos.

Miguel dijo:

—Me calumnia V. en prosa y en verso, hablando y cantando. Lo que esa brillante marquesa ha conseguido inspirarme no es amor, es todo lo contrario, es ódio.

La portera se hallaba, sin duda alguna,



en un momento feliz de inspiración filarmónica, así es que con la misma voz y el mismo tono cantó de nuevo :

Me da risa cuando dicen  
Que dices que me aborreces,  
Porque entonces digo yo:  
Ahora es cuando más me quiere.

—Es V. terca como un guardacanton, y voy á confundirla.

Miguel acompañó estas palabras con un ademán tan resuelto, que la señora Gertrúdis estuvo á punto de tomarlas al pié de la letra, y retrocediendo un paso, dijo :

—Vamos, hable V., hable V.

—Ese maldito coche, que era por cierto una magnífica berlina, se detuvo casualmente delante de mí; del coche salió una mano de mujer asestándome, cuando ménos lo esperaba, un bofeton soberano al mismo tiempo que una preciosa cara aparecía detras de la mano, diciéndome con la mayor dulzura : «Tome V., pobre jóven.» El coche partió, y yo eché á correr detras del coche, ciego de ira.

—Un bofeton..... ¡bah!..... eso es increíble.

—Sí, señora, un bofeton, que cayó á mis piés.

La portera se quedó mirando fijamente á Miguel, porque nunca lo habia oido disparar de aquel modo, y empezaba á sospechar si aquella hermosa cabeza habria perdido el juicio. Así es que revistiendo su semblante con toda la formalidad posible, replicó :

—Vamos, V. no habla seriamente.

—Y tan seriamente como hablo; mire usted, recogí el bofeton para devolvérsele.....: no pude alcanzar el coche y todavía lo traigo en la mano.

—¡El bofeton en la mano!..... exclamó la portera santiguándose como quien dice: esto es cosa perdida.

—Aquí está, dijo Miguel lanzando sobre la mesa una moneda de oro que saltó como si estuviera viva.

La señora Gertrúdis se hacia cruces mirando alternativamente la moneda que brillaba sobre la mesa y el rostro de Miguel,



pálido y casi desencajado, como si el pobre muchacho tuviera dentro del cuerpo una legión de demonios.

No acertaba á explicarse qué era aquello, no daba con el hilo de aquel enredo, y se devanaba los sesos buscando una explicacion que la librara de la sospecha de que su huésped se habia vuelto loco.

Al fin le preguntó :

— ¿Cómo puede ser bofeton una moneda de oro?

— Los ultrajes, pobre mujer, toman muchas formas, se esconden debajo de muchos disfraces: se insulta con la sonrisa en los labios, se ofende con las lágrimas en los ojos y se ultraja hasta de rodillas. Todo ultraje es un bofeton, y esa moneda infame es el bofeton de una limosna.

— Ya....., ya, exclamó la portera.

— Yo vivia contento con mi pobreza; no la hubiera cambiado por los tesoros de Creso....., pero ese insulto me ha abierto los ojos y me ha encendido la sangre: la pobreza voluntaria es el desprecio á las vanidades del mundo, y hé aquí mi argumento: ¿Es

preciso ser rico para demostrar desprecio á las riquezas? Pues bien; yo ódio el dinero, y seré rico. Necesito oro para arrojar á los piés de esa mujer puñados de oro..... Una limosna, esto es, el último desprecio; pues bien, yo me vengaré con la misma arma. Me han herido con el vil metal, yo heriré con el metal vil; á un bofeton de cinco duros contestaré con una bofetada de cinco millones.

— ¿De manera, preguntó la señora Gertrúdis, que para V. una limosna es un insulto?

Miguel la miró con aire estúpido; no entendia la pregunta y su mirada significaba: ¿Qué dice esta mujer?

Así debió comprenderlo la portera, pues insistió diciendo:

— Vea V. un ultraje que todos los pobres recibiríamos con mucho gusto.

Y cogiendo la moneda, que brillaba inmóvil sobre la mesa como una estrella en el horizonte, la examinó atentamente por uno y otro lado, hasta que haciéndola sonar una y otra vez, dijo: